

## Panorámica de la España vaciada, una historia de dispersión

En los últimos tiempos estamos asistiendo a un creciente interés mediático, político y social hacia lo que se ha dado en llamar “la España vaciada”, pero no es este un fenómeno de reciente aparición, sino que a lo largo de la historia la península ibérica ha experimentado distintos episodios en los que la despoblación ha fluctuado de unas zonas a otras por motivos diversos. Su montañosa orografía y la profusión de accidentes geográficos han dificultado la vertebración del territorio y la comunicación entre regiones a menudo incluso muy próximas entre sí, al tiempo que diferentes causas, ya sean bélicas, económicas, sociales o migratorias han conllevado la despoblación de amplias regiones del país.

Por regla general, las áreas más densamente pobladas y con mayor auge civilizatorio y tecnológico fueron desde tiempos pretéritos las ubicadas en el litoral mediterráneo y los valles fluviales, favorecidas por el contacto con pueblos tales como el griego, el fenicio o el etrusco, los cuales establecieron sus bases en puertos naturales fácilmente accesibles con fines comerciales, llegando incluso a fundar núcleos urbanos del calibre de los actuales Cádiz, Ampurias o Rosas. A todo ello le podemos sumar las migraciones de pueblos indoeuropeos unidas a la atracción que suponían los recursos naturales para los pueblos anteriormente citados.

La posterior romanización supuso un notable auge urbano, lo que redundó en un cierto abandono de numerosas áreas rurales, variable a lo largo del periodo, aunque se establecieron vías de comunicación e infraestructuras que vascularizaron el territorio favoreciendo el intercambio comercial y cultural. Tras el derrumbe del Imperio romano occidental las ciudades sufrieron un repentino abandono y nuevamente las zonas montañosas y rurales hubieron de acoger gran cantidad de población como refugio ante las invasiones y migraciones de pueblos germánicos como fueron los alanos, vándalos, suevos y visigodos. El nuevo orden político impuesto por estos últimos implicó un nuevo impulso para urbes como Sevilla, Córdoba o Toledo y fundaciones de nueva planta como Recópolis que atrajeron numerosa población en tanto que sedes administrativas, culturales, comerciales y episcopales.

La Edad Media tuvo uno de sus grandes hitos con la invasión musulmana en 711, que supuso la desaparición definitiva del Reino Visigodo de Toledo y su sustitución como fuente del derecho por parte del incipiente poder islámico. Las élites de la administración derrotada que no aceptaron su integración en las nuevas estructuras hubieron de huir a la cornisa cantábrica. Así, el emirato y posterior califato se estableció en las tierras más fértiles y urbanizadas del sur peninsular, estableciendo una eficaz administración que vertebró el territorio reaprovechando y mejorando las estructuras civiles preexistentes, mientras que en la España septentrional iban surgiendo pequeños reinos menos desarrollados tecnológicamente en lenta pero constante expansión. El choque entre ambos mundos no se hizo esperar, con constantes incursiones en ambas direcciones que supusieron el colapso civilizatorio de amplias áreas del centro peninsular. Ese glacis defensivo pasó a denominarse con el topónimo *Extrema Durii*, es decir, aquellos territorios situados al sur del río Duero,

casi únicamente habitados por destacamentos militares de los diferentes bandos en conflicto, lo que hacía difícil la comunicación entre el norte y el sur, aunque sin duda fue un área relativamente permeable. La expansión cristiana fue acercando la frontera a la línea del Tajo, lo cual suponía el reto de ocupar amplias áreas atrayendo a una población formada por guerreros y campesinos que debían asegurar el territorio conquistado y establecer una ocupación estable. Con este objetivo se utilizaron lo que se ha dado en llamar *cartas puebla* que, con éxito dispar, establecerían las disposiciones jurídicas que habrían de regular tales establecimientos. Ejemplos de ciudades nacidas al amparo de dichos documentos son Sepúlveda, Utiel, Longares o Freixá.

Sería durante la Baja Edad Media cuando el empuje de los ejércitos cristianos iba a expandir su poder territorial aún más al sur. Es la época de las grandes catedrales góticas, vinculadas al crecimiento de las ciudades, y también de mortalidades catastróficas como la epidemia de peste que devastó Europa en los años centrales del siglo XIV, lo que provocó un colapso demográfico que no llegó a compensarse hasta avanzado el siglo XV.

La unión dinástica entre los reinos de Castilla y Aragón fue acompañada por trascendentes acontecimientos como la definitiva conquista de Granada, el descubrimiento de América y la expulsión de los judíos que no aceptaron su conversión al cristianismo. Esta última circunstancia supuso la movilización de entre 80000 y 100000 personas. Por su parte, la migración al Nuevo Mundo se estima en 250000 habitantes para el conjunto del siglo XVI, mayoritariamente varones jóvenes provenientes sobre todo de la Corona de Castilla, cifra muy elevada que mermó el crecimiento de la población. Para el conjunto del siglo se estima para España una densidad media de entre 15 y 17 habitantes por kilómetro cuadrado, aunque con importantes diferencias entre territorios, como en el caso del semidesértico Aragón con unos 8 habitantes por kilómetro cuadrado. La salida de portugueses hacia los nuevos territorios también hubo de afectar seriamente a su crecimiento, pero en este caso es más difícil de cuantificar debido a la escasez de fuentes fiables.

El año 1609 Felipe III firmaría el decreto de expulsión de los moriscos, que respondía a una mezcla de motivos políticos, raciales y religiosos. Este hecho supuso la salida escalonada entre 1609 y 1614 de un mínimo de 300000 personas, una de cada tres, sobre todo en Valencia y Aragón. Al tratarse sobre todo de campesinos y trabajadores manuales, la expulsión dejó baldías amplias extensiones de terreno cultivable con efectos económicos que aún hoy se siguen intentando cuantificar.

El XVII será un siglo de moderado crecimiento poblacional, cuando no de estancamiento en ciertas áreas. El norte peninsular será el que más crecerá, principalmente gracias a la introducción del cultivo del maíz. No obstante, causas como las migraciones a América y los reclutamientos para los ejércitos participantes en las continuas guerras en las que se ve envuelta la monarquía austracista causarán el éxodo de aquella población más joven y productiva, al tiempo que se seguirán produciendo de forma recurrente epidemias, carestías y malas cosechas.

Avanzamos hasta el reinado de Carlos III cuando, a pesar de ser el XVIII un siglo de moderado aumento de la población en el conjunto del territorio peninsular y la consiguiente

roturación de nuevas tierras, aún permanecían extensas áreas con muy escasa ocupación. Un ejemplo claro es el de Sierra Morena, para lo que la Corona, a través de Pablo de Olavide, promovió el asentamiento de unos 6000 colonos católicos suizos y alemanes y la construcción *ex novo* de los actuales asentamientos de La Carolina, Arquillos, Montizón o La Carlota entre otros.

La guerra de la Independencia arrasó buena parte del interior peninsular y supuso un grave quebranto demográfico no solo debido a los combates, sino también a enfermedades y hambrunas. Se estima en un cuarto de millón los españoles que perdieron la vida en los seis años que duró la contienda, sobre un total de unos once millones de personas.

Pero si la guerra supuso muerte y migraciones forzosas, las políticas desamortizadoras implementadas principalmente en el siglo XIX, pero que se extendieron hasta el primer cuarto del XX, tuvieron importantes efectos en la despoblación, ya que contribuyeron a la concentración de la tierra en manos de grandes propietarios, lo que redundó en el desplazamiento de amplias poblaciones rurales hacia las ciudades debido a la transformación de la economía agraria. Los efectos se dejaron sentir con especial magnitud en las dos Castillas, Extremadura y amplias áreas de Andalucía. Asimismo, la incipiente industrialización atrajo a la población rural hacia las ciudades en busca de empleo y oportunidades económicas, ya que la modernización agrícola y la mecanización redujeron la necesidad de mano de obra en el campo.

El conflicto y la represión durante la Guerra Civil Española y la subsiguiente dictadura tuvieron un efecto devastador en multitud de zonas rurales, exacerbando su despoblación.

La transición a la democracia trajo consigo una serie de cambios políticos, sociales y económicos, pero estas áreas continuaron enfrentando importantes dificultades, ya que las políticas de desarrollo continuaron centrándose en zonas urbanas y costeras, lo que dejó al campo con menores oportunidades de crecimiento. Un factor decisivo para el decrecimiento poblacional en dichas regiones es la baja tasa de natalidad y el consiguiente envejecimiento de la población, unido a la emigración de los escasos jóvenes hacia las ciudades en busca de mejores oportunidades de educación y empleo.

Como hemos visto, el declive demográfico de amplias zonas de España no es un fenómeno exclusivo de nuestra época y debe ser analizado desde disciplinas como la historia, la sociología, la geografía o la economía. En cualquier caso, el nivel de desarrollo actual permite que los poderes públicos reviertan la tendencia al debilitamiento de la actividad económica, social y cultural, así como la escasez de servicios básicos. Las soluciones para abordar la problemática de la España vaciada son complejas y requieren de la colaboración entre las distintas administraciones, entre las que se puede proponer el impulso de redes de telecomunicaciones, acceso a Internet de alta velocidad, construcción y mejora de carreteras y ferrocarriles, fomento del emprendimiento o el desarrollo de un turismo rural sostenible.

***Iván Sanz Morales***

**Bibliografía:**

DUBY, G. (2015): *Atlas histórico mundial*. Larousse. Barcelona.

PRIETO ESCUDERO, G. (1971): *La burguesía, beneficiaria de las amortizaciones*. Revista de estudios políticos. Universidad de La Rioja.

RIBOT, L. (2019): *La Edad Moderna (Siglos XV-XVIII)*. Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A. Madrid.